

El secreto de los gestos y de las cosas

Por HELIO AMORIN

Una mesa puede ser apenas una mesa. Un simple objeto de madera u otro material. Podemos medirla, pesarla y describir sus características físicas: la forma, calidad y tipo del material de que está hecha... todo esto que es propio del objeto "mesa". Esa es su **dimensión inmanente**. Mas una mesa puede ser más que una mesa. Por lo que simboliza, por lo que recuerda o evoca, por lo que apunta y promete. Esa es su **dimensión trascendente**, que sobrepasa su inmanencia, aquello que puede ser visto o medido como objeto.

Si en aquella mesa conmemoramos las fiestas de nuestra infancia y comemos juntos el alimento; si en torno a ella siempre reunimos a nuestros amigos o celebramos los grandes acontecimientos de nuestra vida familiar—entonces ella no será una simple mesa, sino un símbolo humano— que evoca la vida, el afecto, la amistad y otros tantos valores que significan para nosotros aquel simple y útil objeto.

Cuando la divisamos, vemos más que un objeto pesado que reposa sobre patas sólidas; recordamos el pasado y vemos emerger de esos recuerdos y el sentido de ellos que debemos revivir en el presente. Entonces la mesa es un signo eficaz; ella reproduce los sentimientos y recrea nuestras evocaciones: tiempos fuertes de celebración, la familia reunida, el matrimonio, los hijos, los nietos... en fin, nuestro pasado; y a la vez nos impulsa a vivir más intensamente en nuestro presente. Por ello, aquella mesa puede tener para nuestra familia un significado trascendente y quizás no deseemos nunca deshacernos de ella. Ese mismo sentido propio puede tenerlo cualquier otro objeto con el que nos hayamos relacionado. No obstante, donde realmente existe un sentido de trascendencia es en los sacramentos y, en especial, en el del matrimonio que conlleva a la formación de una familia.

Los sacramentos divinos son señales de la presencia de Dios. Por supuesto, los seres, los objetos, los acontecimientos, los gestos simbólicos de los hombres si los vemos a partir de la Fe nos recuerdan a Dios. La naturaleza, el mar, el gesto de solidaridad, las cosas creadas por el hombre son signos vivos de la presencia de Dios.

Asimismo, también el matrimonio, desde una visión de Fe. La unión del hombre y la mujer, por amor, es señal del Amor Infinito que es Dios. Simboliza el amor de Dios por su pueblo; es señal eficaz porque alimenta y hace crecer el amor humano que los une.

Ahora, en cuanto más maduro y adulto es el amor humano, más significativa será la presencia de Dios.

Por eso podemos entender que el sacramento no es algo mágico; inmediato y acabado que se agrega a la unión conyugal el día del matrimonio. Porque en el amor que une a los cónyuges en aquel momento, anida la promesa, proyecto, inicio de un proceso largo de maduración que va a durar toda la vida.

Es en la vivencia humana del amor de la pareja que se hará efectivo el sacramento, inaugurado con la solemne promesa de donación-aceptación mutua que han celebrado en su ceremonia de casamiento. El grado sacramental acompaña, igualmente, el crecimiento del amor en ese proceso que se construye y consolida, que crece en su dimensión humana y consagrada, dimensiones complementarias de una misma y única realidad.

Es, por tanto, en la cotidianidad de la vida conyugal con sus alegrías y renunciaciones, avances y tropiezos, sufrimientos y esperanzas, apoyo mutuo y responsabilidades asumidas en pareja, para la realización del bien total del otro, que se consolida el matrimonio como sacramento, con la presencia definitiva e indispensable de Dios en la vida de los cónyuges y de la familia por ellos constituida.

La idea de que el sacramento no sea una realidad completa y acabada, como un sello aplicado al matrimonio desde los primeros momentos, sin grandes exigencias, es ciertamente incómoda. Deja de serlo como tal si no es señal auténtica de un amor verdadero.

Esa visión introduce un desafío permanente a los esposos que desean vivir la dimensión trascendente de su matrimonio. Supone un reto y también esfuerzo permanente de construcción y profundización, que se acentúa en la importancia de los gestos, las palabras, que sean reflejo de ese amor bendecido ante el altar, los signos que fortalecerán y madurarán el amor conyugal.



